

FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
1 de noviembre de 2007
1Jn 3, 1-3

Aún no se ha manifestado lo que seremos. Nos lo decía, hermanos y hermanas, la primera carta de san Juan. El autor hablaba del *amor que nos ha tenido el Padre del cielo* al hacernos *hijos suyos*. Ahora, en esta vida, *ya somos hijos de Dios*. La fe cristiana y el bautismo nos hacen nacer a esta filiación divina. Pero es una realidad incipiente; *aún no se ha manifestado* la plenitud de esta filiación, la plenitud a la que estamos llamados. En cambio, todos aquellos que ya han muerto en la paz de Dios han visto cómo les era transformada su existencia hasta al punto de ver restaurada en ellos la imagen de Jesucristo, según la cual fueron creados y llamados a participar de su gloria. Son todos los santos y santas que celebramos hoy. En ellos se manifiesta ya plenamente la condición de hijos de Dios.

Es el término del plan divino de salvación. Si tuviéramos que hacer una síntesis, podríamos decir con los Padres de la Iglesia: Dios se ha hecho hombre para que el hombre -todo ser humano- pueda participar de la vida de Dios. Porque la fe cristiana no consiste sólo en afirmar que Jesucristo es verdadero hombre y verdadero Dios. Consiste también, a afirmar la vocación de los seres humanos a ser hijos de Dios por adopción. Hoy contemplamos cómo se ha hecho realidad para tantos y tantos millones de hermanos nuestros en humanidad, aquella palabra de Jesús: *donde esté yo, allí también estará mi servidor* (Jn 12, 26). Los que lo han seguido con fidelidad en la vida de cada día tienen parte en su gloria.

El punto de partida es el hecho de haber sido creados *a imagen y semejanza de Dios* (Gn 1, 26). Porque el ser humano no es en absoluto un animal como los otros, simplemente un poco superior por su inteligencia y su capacidad de actuar. Ni es solamente una criatura que ha recibido un don espiritual sobrenatural que lo hace superior al resto de los animales. Es mucho más. En la raíz de su ser hay una realidad divina por el hecho de ser portador de la *imagen de Dios*; el hombre y la mujer tienen una aptitud innata a volverse hacia Dios, a ser semejantes a él, a establecer un diálogo y amarle. Ser *imagen de Dios* forma parte de la realidad humana y por lo tanto de la definición plena del ser humano; de aquí que toda vida humana sea sagrada e inviolable.

Esta huella divina que lleva toda la humanidad está llamada a desarrollarse hasta que cada persona concreta llegue a la *semejanza de Dios*, según el modelo que es Jesucristo. Hay que recorrer, pues, todo un camino espiritual. Este camino lo han hecho los hombres y mujeres santos de los cuales hoy celebramos su participación en la gloria de Cristo. Hacer este itinerario, sin embargo, no depende sólo de Dios. Depende también de la libertad humana. Dios en Jesucristo ha restaurado radicalmente la *imagen divina* que el pecado y la cerrazón egoísta deterioran. Pero cada uno tiene que colaborar con la obra del Espíritu, para que la *imagen divina* sea restaurada en él, para dejar que el dinamismo que proviene del hecho de ser creado a *imagen y semejanza de Dios* llegue a expandirse plenamente. Este itinerario espiritual que hay que recorrer pasa por hacerse discípulo de Jesucristo y acoger sus mandamientos. Aprendiendo de él, que es la imagen del Dios invisible y la imagen del hombre en plenitud, nos vamos haciendo más semejantes a él y, por lo tanto más semejantes a Dios.

Los sacramentos de la iniciación cristiana -bautismo, confirmación y eucaristía- constituyen la base sobre la cual el cristiano tiene que desarrollar su vida espiritual

para ir haciéndose semejante a Cristo. Sin embargo, para que estos sacramentos den fruto, hace falta que el bautizado coopere libremente con la gracia recibida. Lo cual lo lleva a tener un estilo de vida particular que, manteniendo el núcleo esencial, se puede traducir, tal como vemos en la multitud de los santos, de muchas maneras en la práctica diaria. Es un estilo de vida propio de los que se ponen en la escuela del Evangelio y trabajan para hacer realidad el mandamiento mayor y el primero de todos: "*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser*" y el segundo que le es muy parecido: "*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*" (cf. Mt 22, 37-38). Y ponerse en la escuela del Evangelio, tal como han hecho a los santos, supone luchar contra el pecado y contra todo aquello que se oponga a la palabra evangélica que hay en nosotros. Es una lucha; pero no es una represión voluntarista, sino una curación en profundidad de todo nuestro ser que nos libera y que va dejando aflorar, por la gracia divina, la *imagen y semejanza de Dios* según la cual hemos sido creados. Es el trabajo que han hecho todos los santos, cada uno a su manera.

Hoy, al venerarlos en conjunto, y admirar, viendo el resultado, la obra que hicieron en el secreto de su corazón en la docilidad al Espíritu, somos invitados a profundizar los vínculos que los unen a nosotros, Pueblo de Dios que todavía peregrina en la tierra. Todos pertenecemos al mismo cuerpo de Cristo que es la Iglesia y pertenecemos, también, en un círculo más amplio, al único cuerpo de la humanidad. Según el plan creador de Dios, no tenemos que ser individuos aislados, cerrados egocéntricamente en nosotros y en nuestro pequeño círculo. Es el pecado quien ha introducido la división y que nos hace decir para excusarnos: *¿soy yo el guardián de mi hermano?* (Gn 4, 9). En cambio, el mandamiento de amar a los otros como a nosotros mismos quiere llevarnos a curar la división y restablecer la unidad; nos quiere hacer comprender que "la vida de mi hermano es mi propia vida", según el dicho de san Silvano de Athos (cf. *Cahiers S. Silouane el Athonite*, 9, p. 73). La Iglesia ha recibido la vocación de realizar esta unidad, de reunir en un solo pueblo, a imagen de la Santa Trinidad, todo los hombres y mujeres creados a *imagen y semejanza de Dios* dispersos por el mundo. Para que eso vaya siendo así, hemos de dejar toda forma de narcisismo y ser hombres y mujeres de reconciliación y de comunión, tan necesarias en el interior de nuestra Iglesia y en nuestra sociedad. Que nos ayuden las plegarias de la multitud de los santos, unidos como están por la caridad perfecta en la fruición de Dios; que nos ayude la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, el cual haciéndonos más semejantes a él, nos ayuda a avanzar por el camino de la unidad y la paz.